



MAYO

La etimología de este mes procede de la voz *Majores*, por estar dedicado á los mayores ó ancianos: hay sin embargo algunos que la hacen derivar de *Maya*, madre de Mercurio. Apolo era su divinidad tutelar, y se veia simbolizado por la figura de un hombre en la edad viril, vestido con una túnica de mangas anchas, teniendo un canastillo de flores en la mano y un pavo real á los piés con la cola desplegada en forma de rueda; cuyos brillantes colores parecen representar la fertilidad de los campos y sus olorosas flores.

Los romanos celebraban las fiestas anualmente llamadas *seculares*, que eran un verdadero carnaval, recorriendo noche y dia las calles, plazas y paseos con hachas encendidas, y adornando las fachadas de los edificios con iluminaciones muy caprichosas.

Pertenece á este mes el signo de *Géminis*, que en lo antiguo se representaba por dos cabritos, indicando de

este modo el nacimiento de los mismos en esta época del año, y en la actualidad por dos gemelos, ó sean los tíndarides Castor y Polux.

Celebra hoy la Iglesia la festividad de San Felipe y Santiago.

El primero, galileo y natural de Bethsaida, acompañó constantemente á Jesus desde que dejó el lugar en que San Juan bautizaba. Gozoso de que el Salvador le propusiera seguirle, encontró á Nathanael, y le significó su deseo de que se acercase á conocer al Mesías. Un año despues fué elegido para el apostolado, y sirvió de intermediario á muchos gentiles que á él se acercaron para que les presentase á Jesus. Durante la cena se permitió el santo suplicar á su Maestro les diese á conocer á su padre; pero el Señor le contestó estas breves palabras: «*Quien me ve á mí, ve á mi Padre.*»

Sufrió horribles tormentos en Hierópolis, donde predicó la fe. Un fuerte terremoto ocurrido en aquellos momentos puso en precipitada fuga á los

gentiles, y al punto los cristianos trataron de bajarle de la cruz, á que aquellos le habian amarrado; empero este ilustre mártir les rogó con evangélica y doliente voz le dejasen espirar como el Salvador del mundo.

Santiago, llamado el menor, para distinguirle sin duda del apóstol, patron de España, dícese que tenía parentesco con Jesus, y fué su discípulo. Por espacio de treinta y tres años regentó la Iglesia de Jerusalem, y escribió una epístola, sufriendo tambien el tormento. Dejamos ya considerado el mes de Mayo bajo sus tres aspectos: etimológico, astronómico y religioso; réstanos señalar los principales hechos históricos que tienen en él su aniversario.— Muerte de Arcadio, emperador de Oriente, en 408.— Concilio de Cartago, en el que se condenaron las doctrinas de Pelagio, en 418.— Gran batalla de Cannas, en 536.— Ocupacion de Toledo por los moros, en 709.— Batalla de Cascajares ganada por el conde Fernan-Gonzalez, en 911.— La toma de Calahorra por el rey D. García, en 1045.— Muerte de Berenguer, conde de Barcelona, en 1076.— Conquista de Lisboa por D. Alfonso VI, en 1093.— Muerte del mismo en Toledo, en 1109.— Toma de Antioquía por los árabes, en 1278.— D. Pedro de Pungalet sale con una escuadra para apoderarse de Mallorca, en 1343.— Muerte de D. Enrique de Trastámara (el Dadivoso), en 1379.— Salida de Cristóbal Colon por tercera vez para América desde el puerto de Sanlúcar, en 1498.— Muerte del mismo á la edad de setenta años, en 1506.— El cardenal Cisneros se apodera de Orán en 1509, y de Génova, el emperador Carlos V, en 1521.— Nacen en Valladolid el rey Felipe II, en 1527, y en

Madrid su célebre ministro Antonio Perez, en 1534.— Muere en Toledo la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, en 1539, y el insigne escritor y venerable maestro Juan de Ávila, en 1569.— Bautizo del rey de España Felipe III, en 1578.— Autorizacion de éste para crear la universidad de Oviedo, en 1604.— Muere el reputado escritor Fr. José de Sigüenza, en 1606, y el no ménos insigne D. Pedro Calderon de la Barca, en 1691.— Entra en Nápoles Felipe V de España, en 1702.— Muere el célebre poeta ingles Juan Dryden, en 1707.— Nace en Oviedo el notable historiador sagrado Martinez Marina, en 1754.— Murat se hace nombrar lugarteniente general de Carlos IV en España, en 1808.— Alzamiento de Madrid, Sevilla y otras poblaciones contra los franceses, en 1808.— Accion de Úbeda ganada por nuestro general Cuadra, en 1811.— Evacuan los franceses á Cuenca, batidos por el Empecinado, en 1812, quien defiende despues heroicamente á Alcalá de Henares, en 1813.— Ordenan las Córtes la ereccion del monumento del 2 de Mayo, en 1814.— Nace en Granada la última emperatriz de Francia Doña Eugenia de Guzman, en 1826.— Mueren, el poeta D. José María Heredia, en 1839, el duque de Ahumada y el poeta Espronceda, en 1842; en Madrid el notable pintor gaditano Utrera, en 1848, y el profundo filósofo D. Juan Donoso Cortés, marques de Valdegamas, en 1853.— Entrada en Madrid del ejército vencedor de África, en 1860.— Victoria de la armada española en el Callao, al mando del malogrado Mendez Nuñez, en 1866.— Otros muchos personajes notables fallecieron en el mes de Mayo, entre ellos Theudiselo, Totila,

Constantino el Grande, Mahomet II, los tres Luises de Francia, V, XIII, y XV; Enrique II de Castilla; Federico de Prusia; Isabel de Portugal; Ana

Bolena; Juana de Arco; Eloisa, amante de Abelardo; Calvino; Jansenio; Copérnico; La Bruyère; Rubens y Voltaire. Madrid 1.º de Mayo de 1871.

M. J. PASCUAL.



PETRARCA

Francisco Petrarca, célebre poeta italiano, nació en Arezzo en 1304.

En sus primeros años se le dedicó á la carrera de la jurisprudencia; pero la lectura de los clásicos latinos le inspiró un gran horror á esta facultad, á la que querian consagrarle sus padres.

No pasó mucho tiempo sin que su talento le abriese paso entre los grandes hombres de su época, y á los treinta y siete años de edad logró que se le coronase en Roma, la capital del mundo artístico en aquella época.

Segun un autor digno de crédito, llegó á esta ciudad el dia de Pascua, y por la mañana oyó misa en San Pedro. Acto continuo, un obispo, acompañado de la nobleza romana, le condujo al palacio de los señores de Colonna, donde tuvo una magnífica comida, concluida la cual, el maestro de ceremonias hizo leer algunas de sus obras y

pronunció su elogio. Luego se le vistió magníficamente, y poniéndole una mitra de brocado de oro, bajó del palacio para subir en un precioso carro, en el cual habia muchas inscripciones literarias, y atravesó la ciudad hasta subir al Capitolio, donde hizo un discurso, terminado el cual, se le proclamó poeta y se le pusieron tres coronas.

Despues de su triunfo, nuestro poeta se retiró á Parma y de allí se trasladó á Pádua, donde le dieron un canonicato.—Pero el amor que habia concebido en su juventud, y que llenó toda su vida, no le dejaba momento de reposo, y para calmar su impaciencia, hizo muchos viajes hasta que, cansado de la actividad, que creyó debia ser alivio á sus penas, se fijó en Arqua, donde en 1374 murió á la edad de sesenta y dos años, en su biblioteca, apoyada la cabeza sobre un libro abierto.



EL GODO Y EL AGARENO

ROMANCE HISTÓRICO

(Continuacion)

II.

EL COMBATE.

En una llanura extensa
Ornada de mil primores,
Con verde alfombra en el suelo
De azul cenit y horizonte;
Verjel, del mundo ignorado,
Lleno de aromas, por donde
Las aguas de un claro rio
Con manso murmullo corren;
Oásis en que se juntan
Con bello agreste desórden
Arboles cargados de años,
Arbustos, plantas y flores;
Y en que por doquier resuenan
Formando cadencia acorde
Trinos, cantos y gorjeos
De alondras y ruiseñores;
En este lugar tranquilo
Que enriqueció con sus dones
La madre naturaleza
Para embeleso del hombre;
Como rumor de las hojas
Que el ábrego azota, se oye
La marcha de dos ejércitos
En opuestas direcciones.

—
Es así, pues Teodomiro,
De los riscos y los montes
Descendió por fin al valle,

Aumentadas sus legiones.
Toma campo, reglas dicta,
Filas y puestos recorre;
Hace otro tanto Abd-al-Ázis,
Y á batallar se disponen.
Y es de ver con mudo pasmo,
La marcialidad, el órden
De las huestes desiguales
Que su suerte desconocen;
Mientras el sol, reflejando
En aceros y colores,
Imita un lago de fuego,
Vívido, mudable, informe.

—
«Pues la sangre de Ataúlfo
Aún por vuestras venas corre;
Pues no apagó la molicie
La fe de vuestros mayores;
»Pues con rubor en el rostro,
Con ira en los corazones,
Recordais el vil ultraje
De esos árabes feroces;
»Dia es hoy de que lidieis
Mostrando ser españoles,
Y cara vendais la vida
Como á bravos corresponde;
»Yo voy á vuestra cabeza:
Sírvaos mi acero de norte:
Quien no quiera verse esclavo
Mi ejemplo en la lucha tome.
»Si rudos no peleais,
Y en villana fuga os ponen,

Cáiga sobre vuestros hijos
 El baldon de vuestro nombre.
 »Mas si combatis valientes,
 Caballeros y peones,
 Eterna fama alcanceis
 De esforzados y de nobles.»
 Así el godo Teodomiro
 Va diciendo á grandes voces,
 Y con formidable empuje
 Avanzan sus escuadrones.

—
 Fiero rumor se levanta
 A que los ecos responden
 Cuando las huestes se encuentran
 En rudo tremendo choque.
 Como espumosos torrentes
 Que en invierno hinchados rompen
 La valla que en su carrera
 Los peñascos les oponen,
 Y bajan á la llanura
 Rebramando en su desplome,
 Y las ondas cenagosas
 Confunden roncós y atroces,
 Son godos y sarracenos
 Que nube de polvo esconde
 Para que el cielo no vea
 Tan inhumanos horrores;
 Mas dentro de ella se agita
 Como el volcán que corroe
 El seno de la montaña
 Que han de hundir sus explosiones.
 Aquello es un mar revuelto
 De corceles y de hombres,
 En que luchan los contrarios
 Como tigres y leones.
 Asordan el aire á un tiempo
 Del acero el rudo golpe
 Sobre mallas y armaduras,
 De la lanza el fuerte bote.
 Resuenan los lelíes,
 Tocan trompas y atambores,
 Blasfeman los combatientes,
 Y relinchan los bridones.
 Y tanto crece la furia

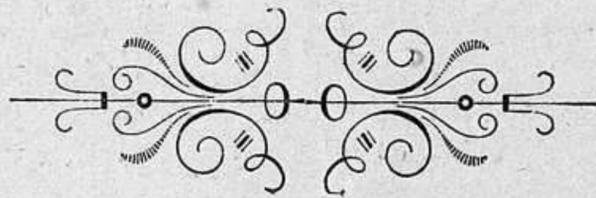
De los fieros guerreadores,
 Que ya no repite el eco
 Ni gritos ni maldiciones;
 Pues solamente se escucha
 Un ronco fragor disorde
 Como el del mar agitado
 Por los vientos bramadores.

.
 Calmándose va el estruendo.
 A tiempo que el sol se pone,
 Y cuando en la azul esfera
 Tiende su crespon la noche,
 Sólo turban el silencio
 Como fatídicos sonos
 Los ayes de los heridos
 Entre mortales dolores.

—
 Al lucir el nuevo día
 Los dorados arreboles
 De tostada sangre tinto
 El valle florido hallose.
 Y en perdurable memoria
 De la terrible hecatombe,
Sangonera le apellidan
 Las murcianas tradiciones.
 Caro obtuvieron el triunfo
 Las sarracenas cohortes
 Que el campo lleno dejaron
 De exánimes campeones;
 Pues los godos combatieron
 Con valor y aliento noble
 Como á su raza cumplía
 De fiera estirpe y renombre.
 Quiso morir Teodomiro,
 Mas, no lográndolo entónces,
 Con los restos destrozados
 A Orihuela replegose,
 Antes que el bravo Adb-al-Azis
 A los diurnos fulgores
 Triunfante se encaminara
 A Murcia con sus legiones.

(*Se continuará.*)

ANTONIO ARNAO.





MILTON

Milton, célebre poeta inglés, era de una familia noble, y aunque nacido en un siglo en el que se tiene la preocupación de que las altas familias no dedicaban á sus miembros más que á las tareas militares, recibió una esmerada educacion literaria: aprendió muy niño el latin, hebreo, frances é italiano, y para completar su instruccion, le enviaron á viajar por Europa, y en estos viajes concibió la idea de su *Paraiso perdido* durante una representacion del drama *Adan ó el pecado original*, que vió en Italia.

Tenía una brillante imaginacion y gran energía: la idea de la libertad absorbió todos los momentos de su vida, y trabajar por la libertad de su pais fué su constante anhelo.

Despues de la muerte de Carlos I compuso un libro sobre el *Derecho de los Reyes y de los Magistrados*, libro que le valió un alto puesto en la administracion pública, pero que sin embargo ha sido calificado de una

obra mediana por todas las personas de buen gusto.

Habiéndosele privado de poder ocupar puesto alguno en su pais, quedó reducido á la miseria, y sus infortunios y desgracias llegaron á tal punto que acabó por perder la vista.

No pudiendo en su soledad distraerse con la lectura, que era su ocupacion favorita, sus tres hijas, que sabian perfectamente varias lenguas, gracias á la esmerada educacion que les habia dado el poeta, le leian cuanto deseaba, y durante esta triste época fué cuando compuso la obra que le ha inmortalizado: *El Paraiso perdido*.

Pobre y sin gloria, aumentó el número de los genios perseguidos por la fortuna, y fué casado tres veces, teniendo un hijo de cada una de sus tres mujeres.

Era de mediana estatura, y llevaba sus hermosos cabellos negros ensortijados y flotantes sobre sus anchas

espaldas. Aunque algo grueso y serio, su aspecto era agradable, y su conversacion anunciaba un carácter dulce é indulgente, por más que en sus escritos apareciese severamente austero.

Era muy sabio y no bebia nunca vino, lo cual no impidió que estuviese atormentado continuamente de la gota.

Era muy amante de los ejercicios corporales, especialmente del juego de armas, y cuando perdió la vista se hizo construir una máquina,

donde se balanceaba continuamente.

Se levantaba muy temprano, trabajaba hasta la hora de comer, y luego pasaba algun tiempo dedicado á la música, tocando algunos instrumentos ó cantando, lo cual hacía medianamente, ó bien se entretenia recitando las obras de Homero, que sabía de memoria. Murió en Brunhill en 1674 á la edad de sesenta y dos años, y hoy es mucho más apreciado que lo fué en su tiempo.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES

Á LIDIA (1)

Hay una palabra mágica que repiten todas las lenguas, que aprende el niño y conserva el viejo, porque nunca se borra; está escrita en la primera página del libro de la vida del cristiano, que se llama *bautismo*, y en la última página, que se llama *confesion*. Hay una voz que aturde sin gritar; que confunde sin imprecaciones: voz cuyo eco llega hasta al tímido que vacila ante el crimen; que arranca del lodo al cínicico; que con su dulce inflexion arrastra hácia la virtud á los que nacieron bien inclinados.

Esta palabra, esta voz omnipotente,

se llama RELIGION: ella es la base constituyente de la sociedad; ella domina las pasiones; ella forma los hilos de una red al parecer sutil, pero que sostiene al fuerte como al débil, al grande como al pequeño; ella nivela á los hombres, pues cubre con sus alas protectoras el palacio del magnate y la choza del mendigo; su consuelo es como el rocío de la noche, que benéfico empapa el campo estéril y el jardín florido; su furia alcanza tambien á todos, porque lo mismo descarga la nube de granizo sobre el tierno rosal que sobre el añoso tronco.

El primero de los deberes de las almas cristianas es la fe católica; tesoro de inestimable valor, segun ha dicho un profundo filósofo. La fe es la creencia ciega en lo que la Iglesia propone como revelado por Dios; pero esa ceguedad no debe provenir de las tinieblas, sino del efecto del resplandor que hiere los ojos del alma con la luz de

(1) Llamamos la atencion sobre este trabajo, que forma parte del nuevo libro de lectura que está imprimiendo nuestro amigo el Sr. Guerrero, con el título de *Lecciones familiares*, del cual ya conocen otra muestra los suscritores de Los Niños; y aquella y esta bastan para no dudar que tendrá la misma aceptacion que *Lecciones de mundo*, cuya sexta edicion se está agotando.

la verdad. Las revelaciones hechas por Dios no necesitan verse: basta sentir sus efectos para humillarse ante el Supremo Hacedor y admirar sus obras.

No debes dudar, hija mia; ¿no comprendes que es un absurdo de la razon negar la causa cuando se ven los efectos? Dudar de la existencia de Dios es renegar de sí mismo, es protestar contra la creacion que presenta sus maravillas y su admirable armonía como pruebas de la grandeza del que las forma y las dirige. ¿No sientes dentro de ti un soplo impalpable que se llama alma, y que existe y se agita á merced de una voluntad superior á la del hombre? ¿No dejamos de ser cuando esa voluntad lo dispone, sin que haya fuerza en la tierra que contrareste tan superior mandato?— ¡Hé ahí lo que vale el hombre ante Dios!

Esos árboles que nacen y se desarrollan, sin deber á los labradores más que el cuidado de un incansable cultivo, ¿no perecen en un segundo, heridos por el rayo? Esa inmensidad de agua tranquila, ¿no se altera al rugido de la tempestad, y se traga las naves llevadas por hombres atrevidos que se creen señores del océano? Esas ciudades que ostentan edificios de una solidez sorprendente, desafiando las tempestades y la accion de los siglos, ¿no se destruyen al movimiento de la tierra que los sostiene? Pues ese rayo asolador, esa tempestad poderosa, y ese formidable terremoto, no son más que agentes de la voluntad del rey de los reyes.— ¡Hé ahí lo que valen las grandezas del hombre ante el poder de Dios!

En las épocas revolucionarias del mundo no faltan insensatos que, aprovechándose del sacudimiento de las

pasiones de los hombres y de la exaltacion natural de los ánimos, pretenden destruir todo, y ponen la mano atrevida en el arca santa de la verdad, negando hasta la existencia de Dios. Cuando la tempestad desata sus furioses, nada perdona y arrolla cuanto encuentra al paso; pero al volver la calma, el hombre se espanta de sus estragos. Ven acá, hija mia; cierra los oidos al grito de los ateos, y abre los ojos á la luz de la verdad.

Para probar la existencia de Dios no es preciso buscar más testimonio que Dios mismo. Dios está revelado en sus obras, y tambien en las obras más grandes del hombre, porque el genio es un rayo de inspiracion que envia á sus escogidos para que se acerquen á él más que las existencias vulgares; y esas grandezas del hombre, que el hombre admira, por perfectas, por bien acabadas que estén, ¿pueden compararse con la última de las hechuras del Sér soberano del universo? ¿En dónde está la obra mejor del más hábil artífice de la tierra que se compare con la máquina del cuerpo humano, que se usa años y años, resistiendo á la accion de los tiempos, al ímpetu de las pasiones desbordadas, á los rigores de los climas, sin entorpecer sus maravillosos engastes, sin enmohecerse, sin que se paralice su curso, hasta que el dedo de su mismo constructor, único que conoce el secreto de sus movimientos, la destruye para siempre, devolviéndola á la tierra de que la formó?

Las grandes ideas de los hombres tienen su misterio, que ellos no comprenden en la ceguedad del amor propio: Dios ilumina la inteligencia de uno de sus escogidos, é inventa la nave en que este se lanza atrevido á

cruzar los anchos mares. El hombre no ve que Dios quiso probarle que su atrevimiento se estrellaría contra la ira de esas aguas que él solo domina. ¡Así, el hombre pierde su valor en la borrasca, y cae de hinojos para pedir á Dios la clemencia!

Los triunfos mecánicos no son más que concesiones para probar su gigantesco poder, la riqueza de su inagotable fantasía. Dios hace que el hombre invente el microscopio para que penetre con los ojos en los secretos de lo invisible y se asombre de la perfección y la armonía de aquellos seres y de aquellos objetos que revelan su grandeza, puesto que la imaginación del hombre no alcanza á comprenderlos, ni sus manos á formarlos.

¿Crees todavía que puedes dudar? ¡Ay de ti si das entrada en tu corazón á la funesta duda! Ese cáncer destruirá tu dicha, agotando las fuentes del bien y produciendo las perturbaciones que son causas del mal. El excepticismo es el delirio de una fiebre que consume y mata; Balmes lo ha dicho: es el vacío del alma que la desasosiega y atormenta; es la ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza; es la incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el origen y destino del hombre. El excepticismo es uno de los más terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

No: no se debe dudar; la fe cristiana es la salvación del alma, y dudar es anticiparse los tormentos del infierno que Dios guarda para después de la muerte. ¿Hay nada más bello, más consolador, más fuerte que la fe? Ella rodea de encantos la trabajada existencia de los mortales, dándoles alien-

to para sufrir las contrariedades; ella hace fácil el duro trance de la muerte; ella calma el padecimiento de los mártires, ofreciéndoles la dulce perspectiva de la gloria; ella da valor para las empresas atrevidas; ella consuela al pecador arrepentido, anunciándole el perdón de su culpa; ella, por último, eleva al hombre hasta Dios, que le tiende la mano con afecto.

¿Cómo has de dudar, Lidia mía? Ante los rayos del sol, por más que deslumbrén, nadie debe esconderse; sumida en las tinieblas, no sabes en dónde pones la planta, y arrastras una existencia de sufrimientos, sin ver nada grande, nada halagüeño, nada coloreado por la risueña esperanza. La duda es un torcedor continuo que destruye lo bueno y empeora lo malo.

Cree en Dios, y sus revelaciones serán la fuerza de tu espíritu para combatir contra los genios del mal, que persiguen á la criatura con el deseo de precipitarla en el abismo. Cree en Dios y serás feliz. ¡Dios te ofrece las sublimes bienaventuranzas! Pierde la fe, y no teniendo quien te defienda, se apoderará de ti el demonio de la duda para clavarte las garras y cantar el triunfo de su maldad.

Dios te concede la vida; á él debes devolver lo que te ha prestado, pero dándole cuenta de tus menores pensamientos. La fe es el escudo que te protege contra las sugerencias del ángel malo; abrázate á la cruz del Salvador, y no te asusten los escollos que te pongan por delante.

La esperanza es una consecuencia de la fe; el que cree en Dios, en Dios espera; el que á Dios ama, Dios le premia. ¿Hay nada más fácil que alcanzar el cielo? ¿Hay nada más seguro para el

mortal que encontrar la proteccion divina que concede las dichas terrenales? Ya ves, hija mia, á qué poca costa puedes vivir tranquila, sin tormentos para hoy, y con la perspectiva para ma-

ñana de los inefables goces de la eterna bienaventuranza.

Tu madre, al explicarte el catecismo, con la sana razon de toda madre, más elocuente que la de los filósofos, te en-



seña á esperarlo todo en Dios, inclinándote al bien; y me prometo que nunca se borrarán de tu memoria tan saludables inclinaciones.

La fe es la estrella que señala el camino de la gloria, y la esperanza es el

ánкора de salvacion de los cristianos.

La tercera virtud consiste en amar á Dios como á nuestro bien supremo, y al prójimo como á nosotros mismos. Basada en tan santos principios, la caridad, hija mia, debe brillar perpétua-

mente en tu alma, como brilla el resplandor de una lámpara encendida siempre ante la imágen que se venera. El amor á Dios es tan hermoso como legítimo; engrandece al mortal, y le proporciona con el regocijo, la tranquilidad. El amor al prójimo es tan noble como justo; realza á los séres en sus mutuas relaciones, y conquista la satisfaccion más grande de la tierra; la gratitud.

Sí, Lidia; la gratitud es un deber que has de guardar en tu corazón para ser digna del aprecio público. Besa la mano que te hace el bien, y graba en tu memoria y en tu alma el nombre de tus favorecedores. Los ingratos son una raza maldita; sierpes venenosas que desgarran el seno que las abriga. La ingratitud es la peor de las maldades, porque daña al bienhechor.

Uno de los rasgos distintivos de la caridad, es la compasión que deben inspirar los males ajenos; allí en donde haya que enjugar una lágrima, vé á derramar el bálsamo del consuelo; allí en donde se presente una miseria que remediar, vé á compartir tu pan con el necesitado; allí en donde veas un desgraciado que sufre, vé á atenderlo con tus cuidados; y recibirás con las bendiciones del socorrido, las bendiciones de Dios.

Nunca, hija mia, te burles de los defectos corporales de tus hermanos; compadece la desgracia; y alza tu voz en defensa del que tiene que vivir en perpétua lucha con el género humano,

víctima de necias preocupaciones. Ten presente que el cuerpo es una miseria que pasa y se destruye; el alma es la que no perece; el alma es la que debe mostrarse libre de todo defecto.

Reparte tu hacienda con los pobres, y Dios bendecirá el pan que lleves á la boca; la caridad es una virtud que enaltece en el cielo y en la tierra; la limosna es una semilla que siembras para recoger tarde ó temprano el fruto de tu acción generosa; los hombres olvidan los beneficios, pero Dios no puede olvidar al que practica las virtudes.

Dá en secreto la limosna, sin hacer gala de tu generosidad, para que sea meritoria á los ojos del pobre y del rico. Recuerda lo que dije en uno de mis libros (1): «La limosna que á la vista de un pueblo se deja caer en la ostentosa bandeja de plata para que el ruido llame la atención, es un alarde de orgullo; la limosna que se deja caer al paso en el modesto cepillo, es un rasgo generoso. Una y otra consuelan al triste; pero la primera la bendice el hombre; la segunda la bendice Dios.»

En fin, hija mia, las virtudes teológicas son los lazos que unen al hombre con Dios. Ten fijos los ojos en la tierra y el alma en el cielo: así evitarás el peligro; así alcanzarás la gloria.

TEODORO GUERRERO.

(1) En la novela *Una perla en el fango*, de los CUENTOS DE SALON, publicados en la Habana.



LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Por fuerza debe haber en la palabra *chiquilla* algo que suena mal en los oídos de aquellas á quienes se aplica, porque Luisa y María hicieron al oírlo un gesto como el que se hace al morder una manzana verde ó al tomar sal creyendo tomar azúcar. Aquello, sin embargo, produjo un buen resultado. Desde la historia de las flores cogidas por Francisco en el jardín de María para darlas á Luisa, las dos amigas se habian quedado un poco serias: ninguna de ellas, que habitualmente no podian vivir una sin otra, habia despegado los labios. Parecia que cada una habia tomado la firme resolución de no decir una palabra si la otra no hablaba primero. La palabra *chiquillas* las picó é hizo desaparecer su frialdad. Por un movimiento espontáneo las dos se abrazaron y comenzaron á hablar al mismo tiempo: «¿Conque somos *chiquillas*? ¿Nos llaman *chiquillas*? Probemos que las *chiquillas* sirven de algo; y como á pesar de que no quieren dar importancia á la guerra de nuestros pobres amigos que pelean en el parque, podria haber heridos, pongámonos á hacer hilas como hacen nuestras familias siempre que hay revoluciones.»

La nuera del general era una mujer que estaba por lo positivo. Al ver la especie de armisticio que habia entre ambos ejércitos, pensó que sin interrumpir la marcha de las operaciones podria aplazarse una nueva batalla

enviando víveres á las tropas. Participó su idea al general, el cual la aprobó, y mandó á un criado que llamara á Perico. Perico, que sabía por experiencia que al general no le gustaba esperar, se presentó inmediatamente.

Perico era un zagalon de 17 á 18 años, que tenía grandes brazos, grandes piernas, grandes manos y grandes piés: sus ojos saltones parecian dos bolas de lotería, y sus orejas eran una especie de abanicos. Era muy flaco á pesar de tener una gran boca, dientes enormes y un apetito descomunal. En la casa servia para todo lo que no hacian los demas.

«Perico, le dijo el general, óyeme bien. Vas á buscar dos cestas y las llevarás á la cocina. Juan las llenará de víveres, debiendo poner *exactamente* las mismas raciones en las dos cestas. ¿Lo oyes, Perico? *exactamente*: una vez preparadas las traerás para que yo juzgue por mí mismo.» Una antigua costumbre hacía que al general le gustara ver él mismo las cosas.

Perico volvió con las dos cestas. Juan las habia provisto de todo lo que podia comerse sin plato. Un pedazo de pollo fiambre ó un trozo de pastel de liebre, bien pueden comerse una vez en la vida cogiéndolos con los dedos. En la guerra no se puede reparar en requisitos. El general se cercioró de que el contenido de las dos cestas era exactamente igual, y dijo al muchacho: «Perico, te nombro *intendente general*

de los dos ejércitos que ves acampados en el parque. Vas á llevar una cesta á cada uno de ellos. Anda, Perico, y si por tu culpa desaparece algo de esas provisiones ántes de llegar á su destino, hago ahorcar al intendente, que no será el primero que lo haya merecido.» El bueno del general tenía no sé por qué un gran ódio á los intendentes.

XIII.

MARCHA DE NOCHE.

Perico tenía una nariz sumamente desarrollada y un olfato de perro perdiguero que no habia más que pedir, y que le hacía aspirar con delicia el olor que producía el contenido de ambas cestas. Inclina la cabeza unas veces á la que llevaba en la mano derecha y otras á la que llevaba en la izquierda, sin saber á cuál habria dado la preferencia, si se hubiese atrevido á tocarlas, y es posible que, encontrando tan igualmente apetitosas una y otra, le hubiera sucedido lo que á la burra de Buridan, que se murió de hambre entre dos piensos de cebada por no saber cuál debía comer primero. Pero Perico rechazó la tentación, en primer lugar porque recordó la amenaza del general y en segundo porque habia comido.

Sin embargo, el muchacho estaba perplejo. No sabía á qué ejército razonar primero. Cuando su estómago no entraba en juego, Perico tenía ideas de justicia. Hé aquí el medio que le inspiró su ingenio para que las tropas de uno y otro bando recibieran sus víveres al mismo tiempo, sin peligro de que vinieran á las manos cerca de él, que en tal caso podia sacar alguna le-

sion. Marchó con aire distraído, como si no hubiese llevado nada para los combatientes, hasta el puente que habia sido tan disputado durante la batalla: dejó una de las cestas á la vista del campamento de Jorge, atravesó corriendo el puente, sin que nadie pudiera comprender á quién buscaba ni pensara en detenerle, llevó la otra cesta cerca del vivac de Francisco, y luego volvió á colocarse precisamente en medio del puente á igual distancia de los dos ejércitos. Jorge vió el primero la cesta que le estaba destinada, y estaba más cerca de ella que Francisco de la suya. Perico le contuvo gritando: *¡No acercarse! ¡No acercarse! ¡Está cargada!* y cuando Francisco hubo ganado el mismo terreno que Jorge, añadió: «¡Sí, están cargadas de comidales!» Entónces echó á correr con toda la ligereza de sus piernas y se metió en la quinta riendo su travesura.

¿Quién se sorprendió más agradablemente al ver las provisiones de boca que contenian ambas cestas? Todos los soldados de los dos ejércitos. En una y otra parte se celebró igualmente el acontecimiento, y se estableció entre los beligerantes una tregua tácita, cuyo primer artículo era no batirse más que entre las comidas.

Después de haber tomado fuerzas, Pablo fué enviado por Francisco en busca de Rodolfo, que continuaba en el molino y comenzaba á pensar que el cargo de centinela perdida, por más que sea muy honroso, es poco divertido. La parte de víveres que le llevó Pablo le volvió su buen humor: Pablo no solamente le llevaba comestibles, era también portador de instrucciones.

(Se continuará.)



A LA LUZ DE UN QUINQUÉ



—Bendita sea la luz, y quien la inventó, porque supongo que no siempre se habrán conocido las luces que hoy tenemos.

—¡Ah! mi querido Ricardo, vivimos en el siglo de *las luces*, y nunca se han conocido tantas como ahora, en que abundando los fósforos, es raro el mortal que siquiera por algunos instantes no pueda tener el placer de enviar á paseo al sol y á la luna, y alumbrarse con luz artificial.

—Siempre está V. de buen humor, y se sale por la tangente, como dice mi maestro cuando no contestamos con acierto.

—No, Ricardo: desde el principio he conocido tu propósito, y voy á complacerte. Tú, desdeñando el gas y sin hacer mérito de la luz eléctrica, quieres que te haga la historia del alumbrado de aceite.

—Justamente.

—Y te contentas con esto, porque presumes que siguiendo mi método, de la parte pasaré al todo; y que esta noche la emplearé dándote algunas noticias sobre el olivo.

—No pretendia tanto...

—Pero ya que yo he apuntado la especie, no te desdeñas de prestarme atención, ¿no es cierto?

—Sería grosero...

—La urbanidad no es precisamente la que te mueve á escucharme, sino tu deseo de aprender, y por lo mismo voy á complacerte cuanto me sea posible.

El olivo es un árbol muy antiguo: existia ya ántes del diluvio, y prueba de ello es, que cuando la paloma volvió al arca donde Noé vagaba sobre

las aguas, trajo un ramo de este árbol. Desde entónces ha sido símbolo de la paz, y ha venido prestando grandes servicios. De este árbol se utiliza todo. Su madera es excelente para la fabricacion de muebles, y todavía más sus raices: la leña sirve para alimentar el fuego en las chimeneas, y el fruto preparado convenientemente, á la par que constituye uno de los principales alimentos del pobre, regala el paladar de los que gozan de mejor fortuna.

Desde la aceituna preparada en agua con sal, hinojo, limon y olivardilla, hasta la que en lujosos tarros nada en aceite, habiéndose convertido su hueso en relleno de alcaparras y anchoas, hay una infinidad de especies que forman las delicias de los gastrónomos.

Hay aceitunas sevillanas, de la reina, de manzanilla, del cuquillo, de Pastrana, de Olesa, Jerez y cien y cien más, que no viene al caso recordar ahora. Pues bien; de esta aceituna, recogida en debido estado de madurez y metida en casa, se hace el aceite que mantiene viva la luz de ese quinqué. El aceite es como el agua: sirve lo mismo al noble que al plebeyo, y el poderoso y el pobre lo utilizan de mil maneras; pero ántes veamos cómo se hace. De las salas donde se conserva la aceituna se la pasa á un molino movido ántes por caballerías, y hoy, en muchas partes, por máquinas de vapor; allí se tritura y forma una pasta que se mete en serones y se sujeta á una fuerte presión en una prensa que ántes era de madera y ahora ya es de hierro; para sacar el aceite se va echando agua caliente sobre los serones, y el

aceite, como más ligero, flota en el pozo donde se recoge el líquido que sale de la prensa, y de allí se extrae para depositarlo en los tinajeros.

Segun la fuerza de la máquina, se paran una ó dos veces los serones que contienen la pasta que se sacó del molino, cuyos residuos sirven tambien despues para avivar la lumbre en las casas de campo, y áun para alimento de algunos volátiles y de los animales de cerda.

—¿Nada más?

—Hasta aquí tenemos ya el aceite, el cual luego sirve para alimentar las luces que iluminan lo mismo el gabinete del sabio que el retiro del ignorante, el salon del magnate que la guardilla donde vive el desgraciado.

—No sabría pocas historias el aceite si no se consumiera.

—No es esa sola su mision, si es lícito hablar en estos términos: ademas de que en la mayor parte de los paises forma parte esencial de la alimentacion del hombre, pues que con él se preparan casi todas las viandas, el aceite representa un papel importante en grandes y solemnes actos de la vida.

—Sobre todo, si se verifican de noche, y no hay bujías ni gas.

—No, mi querido Ricardo: no deben tomarse á broma ciertas cosas, cuando tienen la gravedad y hasta la santidad de las que continuaré enumerando.

—Perdóneme V:

—Comprendo perfectamente que lo que has dicho ha sido una ligereza perdonable y continúo. Ademas de muchos usos que en la industria y en la medicina tiene el aceite, y que sería prolijo enumerar, necesitamos aceite para entrar en la vida, y hasta para los

últimos instantes de [ella es tambien necesario.

—No comprendo...

—Así lo creo, porque en tu edad no puedes aún poseer cierta clase de conocimientos. Pues bien, Ricardo; el óleo sagrado ó los santos oleos se administran á los católicos en el sacramento del bautismo, por el cual entran en el camino de la vida en gracia de Dios, y en el de la extremauncion, con el cual les despide la Iglesia, cuando están en los últimos instantes. Estos oleos se bendicen ó consagran por los señores obispos en el punto de su residencia el juéves santo, con grandes y majestuosas ceremonias marcadas por el ritual romano, que sería prolijo enumerarte, y en tiempo oportuno se remiten á las parroquias para que con el óleo nuevo pueda hacerse la bendicion de la pila bautismal y el bautismo del cirio pascual. Sirven tambien para la ordenacion de los presbíteros, á los cuales se les unge con el óleo santo; para la consagracion de los obispos y del Sumo Pontífice, y ántes, cuando los soberanos tenian á honra llamarse hijos sumisos de la Iglesia católica apostólica romana, para ungirles tambien en señal de que la autoridad que iban á ejercer la recibian de Dios, que es el Soberano en quien reside toda potestad y por quien gobiernan todos los poderes.

Tambien sirve el aceite para alimentar las lámparas del santuario; y en los pueblos donde la impiedad no ha asentado su planta, en más de una calle y en todas las plazas, ó sirve para iluminar el sagrado signo de la redencion ó indica al viajero que allí se venera con especial devocion á la Madre de Dios.

F. ROVIRA AGUILAR.



POR LOS NIÑOS

Señor, que compasivo
bienes repartes
á cuantos séres pueblan
mar, tierra y aire;

Señor que diste
madre á los pobres niños,
¡no se la quites!

Pajaritos sin alas
son esos niños
y han menester los pobres
pan y cariño....

Dios de los cielos,
si les falta su madre
¡qué será de ellos!

ANTONIO DE TRUEBA.

ARMADA ESPAÑOLA



Infantería de marina.